

Andrea Camilleri

MUERTE EN
MAR ABIERTO

Y OTROS CASOS DEL JOVEN MONTALBANO

Traducción del italiano de
Carlos Mayor



salamandra

Título original: *Morte in mare aperto e altre indagini del giovane Montalbano*

Ilustración de la cubierta: Ferdinando Scianna/Magnum
Photos/Contacto

Copyright © Sellerio Editore, Palermo, 2014
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2016

El traductor desea mostrar su agradecimiento a la
Casa delle Traduzioni de Roma por el apoyo prestado.

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-762-9
Depósito legal: B-21.838-2016

1ª edición, noviembre de 2016
Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

La habitación número dos

Uno

Estaban hablando de esto y aquello sentados en el porche, cuando, de repente, Livia soltó una frase que sorprendió a Montalbano.

—Cuando envejecas, serás peor que un gato acostumbrado a su rutina —dijo.

—¿Y a qué viene eso? —preguntó el comisario, atónito. Y puede que también algo molesto; no le hacía gracia pensar en envejecer.

—Tú no lo ves, pero eres sumamente metódico, ordenado. Si algo no está en su sitio, te da rabia. Te pones de mal humor.

—¡Venga ya!

—No te das cuenta, pero eres así. En la *trattoria* de Calogero te sientas siempre a la misma mesa. Y, cuando no vas a comer allí, eliges siempre un restaurante al oeste.

—¿Al oeste de qué?

—Al oeste de Vigàta, no me vengas con ésas. Monteleale, Fiacca... Nunca vas, qué sé yo, a Montelusa o a Fela... Y seguro que allí hay sitios buenos. Por ejemplo, me han dicho que en San Vito, en la playa de Montelusa, hay como mínimo dos restaurantes que...

—¿Sabes cómo se llaman?

—Sí. L'Ancora y La Padella.

—¿Tú cuál escogerías?

—Así, por intuición, me parece que La Padella.

—Pues esta noche te llevo —zanjó el comisario.

Para enorme satisfacción de Montalbano, cenaron fatal. Aquello era casi comida para perros. Bueno, no, seguro que los perros comían mejor. El local presumía de su fritura mixta de pescado, pero el comisario tuvo la sospecha de que el aceite que utilizaban era de motor de camión, y el pescado, en lugar de estar crujiente como era de esperar, estaba blandurrio y acuoso, como si lo hubieran preparado el día anterior. Cuando Livia se disculpó por el error que había cometido, a Montalbano le dio la risa.

Acabada la cena, sintieron el impulso inmediato de limpiarse el paladar y fueron a tomar algo, él un whisky y ella un *gin-tonic*, a un bar que quedaba justo a la orilla del mar.

Al volver a Vigàta, y para demostrar a Livia que no era tan incapaz como ella creía de salir de su rutina, Montalbano cogió un camino distinto del habitual. Llegó a las primeras casas de la parte superior del pueblo, desde donde se divisaban el puerto y el mar sereno, en el que la luna se reflejaba como en un espejo.

—¡Qué bonito! Vamos a parar un momento —pidió Livia.

Bajaron del coche y el comisario encendió un pitillo.

Eran poco más de las doce y el barco correo para Lampedusa, todo iluminado, estaba maniobrando para salir del puerto. Al filo del horizonte se veía la luz de alguna barca.

Justo detrás de ellos, algo aislado, había un viejo edificio de tres plantas, bastante destartado, en cuya fachada, desconchada aquí y allá, brillaba un rótulo de neón: «HOTEL PANORAMA.» La puerta estaba cerrada; los clientes que llegaran tarde tendrían que llamar al timbre para entrar.

Livia, fascinada por aquella noche tranquila y clara, quiso esperar a que el barco correo estuviera en mar abierto para marcharse.

—Noto como un olor a quemado —comentó, cuando ya se acercaban al coche.

—Yo también —contestó el comisario.

En ese preciso instante, se abrió la puerta del hotel y una voz empezó a gritar desde dentro:

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuera todo el mundo! ¡Deprisa! ¡Fuera todo el mundo!

—¡Quédate aquí! —ordenó Montalbano a Livia, mientras él se precipitaba hacia la puerta.

Por algún lado le pareció oír el rugido de un coche que arrancaba y se alejaba a toda prisa, pero no habría podido jurarlo, porque del interior del hotel surgían ruidos extraños.

En cuanto entró en el vestíbulo, pequeño y estrecho, vio, entre una densa humareda, lenguas de fuego altas y decididas al fondo de un corto pasillo. Al pie de la escalera que había en el centro del vestíbulo y que llevaba al piso de arriba, un individuo en camiseta de tirantes y calzoncillos seguía dando voces:

—¡Salgan! ¡Deprisa! ¡Fuera todo el mundo!

En ese momento bajaron por la escalera, unos en ropa interior y otros en pijama, pero todos soltando maldiciones, con los zapatos y la ropa en la mano, primero tres hombres, luego dos más y por fin otro. Este último iba completamente vestido y llevaba un maletín. En aquel hotel no había mujeres.

El que estaba al pie de la escalera, un anciano, se volvió para salir él también y entonces vio al comisario.

—¡Vámonos!

—¿Quién es usted?

—El propietario.

—¿Están a salvo todos los huéspedes?

—Sí. Habían vuelto todos.

—¿Ha llamado a los bomberos?

—Sí.

De repente se quedaron a oscuras.

Fuera se oían ya los gritos de una veintena de personas de las casas vecinas, que habían bajado a la calle sin siquiera vestirse.

—Sácame de aquí —pidió Livia, inquieta.

—Están todos a salvo —dijo el comisario para tranquilizarla.

—Me alegro. Pero los incendios me dan miedo.

—Vamos a esperar la sirena de los bomberos —contestó Montalbano.

A la mañana siguiente, cogió el camino más largo para ir a la comisaría, el que pasaba por la parte alta del pueblo. Le había entrado la curiosidad, tan repentina como irresistible, de saber cómo había acabado el viejo hotel. Dado que los bomberos habían llegado tarde y que para apagar las llamas había hecho falta mucho tiempo, el interior del edificio había desaparecido, se había quemado todo; sólo quedaban en pie las paredes externas, con agujeros en lugar de ventanas. Dentro aún había algún bombero trabajando. Todo el perímetro estaba acordonado. Cuatro guardias municipales mantenían a raya a los curiosos. Montalbano los miró con cara de pocos amigos: no soportaba ese turismo de la desgracia, a esa gente que corría a ver el lugar de un desastre o de un delito. Si hubiera muerto alguien en el incendio, seguro que la multitud congregada se habría triplicado.

En el aire aún había olor a quemado. Lo invadió un intenso sentimiento de desolación y se marchó.

Estaba aparcando cuando vio que Mimì Augello salía a toda prisa de la comisaría.

—¿Adónde vas?

—Me ha llamado el jefe de los bomberos, han apagado un incendio que esta noche...

—Estoy al tanto.

—Dice que no cabe duda de que ha sido intencionado.

—Cuando vuelvas me pones al corriente.

Mientras, le contó a Fazio cómo habían acabado Livia y él delante del hotel en el momento del incendio y cómo había asistido a la salida de los clientes.

—¿Tú conoces al propietario?

—Sí, claro. Se llama Aurelio Ciulla, es amigo de mi padre.

—¿Y ya está?

—Jefe, a Ciulla ese hotel no le da ni para pipas. Aguantan con ayudas y subvenciones del ayuntamiento, del gobierno regional...

—¿Por qué no cierra?

—Casi ha cumplido setenta años y le tiene cariño al hotel. Si lo cierra, ¿qué hace? ¿Cómo se las apaña?

—Dicen los bomberos que el incendio ha sido intencionado. ¿Crees que puede haber sido el propio Ciulla?

—¡Qué va! Por lo que yo sé, es un hombre honrado, nunca ha tenido problemas con la ley. Es viudo, no va con mujeres, no tiene vicios, aunque puede que por desesperación...

Augello volvió al cabo de dos horas. No parecía de muy buen humor.

—Un chasco de tres pares de narices. Al final, el jefe de los bomberos, después de mucho rebuscar, no está muy convencido de que el incendio haya sido intencionado...

—¿Por qué?

—El fuego se declaró en el cuarto de la ropa blanca, que es bastante grande y está en la planta baja, al fondo del pasillo. Allí guardaban las sábanas, las fundas de las almohadas... El jefe de los bomberos ha encontrado una botella de cristal que sin duda alguna contenía gasolina.

—¿Un cóctel molotov? —preguntó Montalbano.

—Eso le ha parecido.

—¿El cuarto tenía ventana?

—Sí. Y estaba abierta. Pero el señor Ciulla, el propietario, le ha dicho que allí guardaba una botella de gasolina porque le iba bien para quitar manchas.

—¿Y entonces?

—Y entonces no hay explicación, porque está claro que no se trata de un cortocircuito. De todos modos, el jefe de los bomberos no lo ve muy claro.

Montalbano reflexionó un momento y luego dijo:

—A mí las cosas que se quedan sin explicación me fastidian.

—Y a mí —respondió Augello.

—¿Sabes qué te digo? Llama a Ciulla y dile que se pase por aquí después de comer, a las cuatro.

Augello salió y volvió al cabo de cinco minutos.

—Dice que vendrá a las seis porque lo han llamado de la aseguradora Fides por lo del incendio.

—¿A qué número has llamado?

—Al que me ha dado él. Me ha dicho que era el de su casa.

—¿Y cómo es que anoche dormía en el hotel?

—¡Y yo qué sé! Pregúntaselo a él cuando venga.

Aurelio Ciulla, que iba vestido discretamente, era el hombre con el que había hablado Montalbano la noche anterior, mientras el hotel era pasto de las llamas.

—Siéntese, señor Ciulla. Ya conoce al *dottor* Augello y al inspector Fazio. Y usted y yo nos conocimos anoche.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—Me encontraba en las inmediaciones del hotel cuando se declaró el incendio, entré y hablamos.

—Discúlpeme, pero no me acuerdo de nada.

—Es comprensible. Tengo curiosidad: ¿cómo es que ayer durmió en el hotel?

Ciulla lo miró extrañado.

—Pero ¡si el hotel es mío!

—Lo sé perfectamente, pero como le ha dado al *dottor* Augello el teléfono de su piso de Vigàta...

—Ah, ya lo entiendo. Lo hago a menudo, comisario, y no sé muy bien por qué. Algunas noches, si me da por ahí, o si hace demasiado calor, duermo en el hotel. Y otras no.

—Entendido. ¿El hotel está asegurado?

—Por supuesto. Y estoy al día de todos los pagos. Pero hoy los de la aseguradora me han citado para decirme que han recibido un informe de los bomberos que dice que el incendio fue intencionado, por lo que, antes de nada, tienen que cerciorarse de que no lo fue.

—Precisamente por eso lo he llamado. Para que nos viéramos y tratáramos de entender...

—Comisario, no hay gran cosa que entender. Como el hotel no va bien, o digamos incluso que va bastante mal, todo el mundo cree que he sido yo el que le ha prendido fuego para embolsarme el dinero del seguro.

—Tiene que reconocer que...

—A ver, yo a los de la aseguradora les he dicho que demostrar que no he tenido nada que ver no es cosa mía.

—Ya lo sé, es cosa nuestra y de ellos. Si todo saliera bien, ¿cuánto deberían pagarle?

—Una miseria. Unos veinte millones de liras.

—Bueno, una miseria tampoco es que sea.

—Es que yo puedo demostrar que no tenía el más mínimo interés en incendiar el hotel.

—¿Y eso?

—¿Usía conoce al ingeniero Curatolo?

Montalbano miró a Fazio.

—Tiene la mayor constructora de la provincia —explicó éste.

—Pues la semana pasada me llamó él en persona. Quería que le vendiera el hotel. Me daba treinta millones. Le interesaba el solar edificable. A ver, ¿qué motivo iba a tener yo para provocar un incendio y arriesgarme a ir a la cárcel? Si no me creen, llamen al ingeniero y ya verán que les digo la verdad.

Dos

El razonamiento era impecable y alejaba a Ciulla de las sospechas de haber sido el culpable.

Sin embargo, el asunto del ingeniero merecía un mínimo de atención. Con el hambre de solares edificables que había en aquel momento, no cabía descartar la posibilidad de que alguien hubiera recurrido a un acto peligroso.

—¿Cómo contestó usted a la propuesta de Curatolo?

—Ni sí ni no.

—¿Le dio largas?

—No, comisario. Él no quería una respuesta de inmediato, me dejó quince días para pensarlo...

—¿Y ahora va a decirle que sí?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Si no hubiera habido incendio, ¿qué le habría contestado?

—Muy probablemente que no. Pero...

—Pero ¿qué?

—Si usía cree que puede haber sido el ingeniero para obligarme a venderle el terreno, le digo ya que va muy desencaminado. No es su estilo hacer esas cosas.

Montalbano miró a Fazio, que asintió. Estaba de acuerdo con lo que había dicho Ciulla. Excluida esa hipótesis, al

comisario se le ocurrió otra de inmediato y decidió afrontar directamente la cuestión, sin rodeos.

—La zona en la que estaba su hotel es territorio de los Sinagra. ¿Usted paga el *pizzo*?

Ciulla no se mostró en absoluto impresionado por una pregunta tan explícita.

—No, señor.

Montalbano reaccionó con firmeza:

—¡No me venga con ésas!

—Comisario, la mafia sabe quién tiene dinero y quién no. A mí de vez en cuando me piden algún favor y se lo hago.

—¿Por ejemplo?

—Me mandan a alguien al hotel una o dos noches y no le cobro nada.

—Pero ¿registra su nombre?

—Siempre. Llegamos a un acuerdo claro y lo han respetado. Nunca he escondido a fugitivos ni a gente así.

En ese momento, Montalbano se acordó de algo que había visto la noche anterior.

—¿Por qué estaban arriba todos los clientes? ¿En la planta baja no hay habitaciones?

—Se lo explico. La planta baja está compuesta por una cocina y un comedor que llevan años cerrados, un saloncito para los clientes, el despacho, dos baños, la habitación número uno, la número dos y el cuarto que se incendió. Las dos habitaciones son grandes, cada una con su sala de estar. En la uno estaba yo, y la dos casi siempre está desocupada, porque es la más cara. Los clientes estaban todos ubicados en el primer piso por el simple motivo de que así a la camarera le resulta más cómodo limpiar las habitaciones.

—¿Hay aparcamiento?

—Sí, señor, en la parte de atrás. Es grande.

—¿Está vigilado?

—No, señor. Y, como no hay vigilancia y está al aire libre, muchas veces los vecinos dejan ahí el coche sin cortarse, pero yo hago la vista gorda y no digo nada.

—¿Hay entrada trasera?

—Sí, señor. Da al aparcamiento.

—A ver si lo entiendo. ¿Cualquiera que pasara por la calle podría meterse en el aparcamiento, cruzarlo y llegar a la ventana del cuarto de la ropa blanca sin que nadie lo detuviera?

—Pues sí.

—¿Las fichas y los registros han quedado destruidos?

—Sí, señor.

—¿Los de anoche eran clientes habituales?

—Cuatro sí y dos no.

—¿Por casualidad no recordará sus nombres?

—Sí, claro. Tengo la lista para el reembolso de los daños. Sólo uno no quiere el dinero porque no ha perdido nada, pero de todas formas me sé el nombre y el apellido.

—Hágame el favor de entregarle esa lista hoy mismo al inspector Fazio.

—Puedo dictársela ahora, porque tengo una memoria de elefante.

—¿Dónde han alojado a los clientes?

—En el Hotel Eden.

—Le pido un poco más de paciencia. Cuénteme qué había exactamente en ese cuarto.

—Sábanas, fundas de almohada, toallas, trapos, servilletas... También papel higiénico, bayetas...

—¿Todo material inflamable?

—Sí, señor.

—Por lo general, ¿la puerta estaba cerrada con llave?

—¡Qué va!

—¿Cuánta gente se encarga de coger de ese cuarto lo que se necesita?

—Una sola persona: la camarera, Ciccina, que es la única fija. Es de absoluta confianza, lleva diez años conmigo. En caso de necesidad, llamo a una segunda camarera, Filippa. Pero ayer sólo estaba Ciccina, y por la noche se va a dormir a su casa.

—¿Ciccina fuma?

—No, señor.

—¿Descarta usted que algún cliente o alguien de fuera entrase en el cuarto?

—¿Por la puerta?

—Sí.

—Me habría dado cuenta.

—Una última pregunta: ¿entre los clientes de anoche había alguno al que no tenía que cobrar?

Ciulla lo pilló al vuelo.

—Sí, señor. Uno.

—¿Su nombre está en la lista que va a darnos?

—Desde luego.

—Señáleselo a Fazio. ¿Quién le dijo que tenía que ofrecerle un trato especial?

—Me telefoneó Elio Sanvito.

—Señor Ciulla, por mí con eso basta. Acompañe a Fazio a su despacho. Yo me despido ya y le agradezco su amabilidad.

—¿Qué te ronda por la cabeza? —le preguntó Mimì Augello.

—Si el jefe de los bomberos dice que algo no le cuadra, sus motivos tendrá. Hablando con Ciulla hemos descartado como posibles autores del incendio al propio Ciulla, al ingeniero Curatolo y a la mafia por cuestiones de *pizzo*. ¿Te parece poco?

—No, pero ¿qué tienen que ver los clientes con todo esto?

—¿No es posible que el que incendiara el hotel tuviera algo en contra de alguno de ellos?

—Es posible, pero me parece una locura que, para deshacerse de alguien, se arriesguen a provocar una matanza.

—No sería la primera vez que sucede.

Fazio volvió poco después.

—¿Te ha dictado la lista?

—Sí, jefe. Pero no basta.

—¿Por qué?

—Porque Ciulla se acuerda del nombre y el apellido, pero son todos de fuera y él no sabe dónde viven. Y tampoco se acuerda de los números de teléfono. En la lista que tiene en casa, en cambio, sale todo detallado. Dentro de un cuarto de hora me la trae y hago una fotocopia.

—¿Quién es Elio Sanvito?

—Uno de la familia Sinagra. Es una especie de responsable comercial, dirige los asuntos digamos que legales.

—¿Y el cliente que le mandó a Ciulla?

—Es un tal Ignazio Scuderi, no lo conozco.

Aquel asunto tenía pinta de ir a alargarse. Montalbano miró la hora.

—Muchachos, se me ha hecho tarde. Seguimos con esto por la mañana.

Aquella noche, Livia no abrió la boca cuando el comisario la llevó a cenar al oeste y precisamente al restaurante de Montereale que estaba a la orilla del mar y que tenía como especialidad unos *antipasti* abundantes, variados y sabrosos.

Cuando ya estaban acabando, Montalbano mencionó la posibilidad de que el incendio del hotel hubiera sido intencionado. La joven planteó la pregunta más lógica y natural:

—¿Sospechas del propietario?

El comisario le hizo un resumen de todo lo que había descubierto gracias a la conversación con Ciulla.

—O sea, que supones que alguien prendió fuego al cuarto de la ropa desde fuera, por la ventana.

—Es una posibilidad.

—Acabo de acordarme de una cosa —comentó entonces Livia—. En su momento no le di importancia, pero ahora que lo dices...

—¿Viste algo raro?

—Bueno, tú acababas de entrar en el hotel y yo te miraba desde dentro del coche cuando pasó un vehículo a toda velocidad por la callejuela lateral, se dirigió hacia mí y luego torció a su izquierda.

—Es decir, hacia Montelusa.

—Sí.

—Yo también oí el ruido de un coche que arrancaba y salía a toda pastilla. Puede que dentro fuera el que provocó el incendio.

Livia pareció dudar.

—¿Qué pasa?

—No sé por qué, pero no estoy muy segura de que al volante fuera un hombre. En fin, es una impresión.

—No me imagino a una mujer pirómana.

—Me habré equivocado.

A la mañana siguiente, Fazio tardó bastante en llegar a la comisaría, pero para compensar llevaba noticias interesantes.

—Jefe, he de decirle que, de los seis clientes de la lista de Ciulla, dos siguen aún en Vigàta y los demás se han marchado. Aun así, tengo la dirección y el teléfono de todos.

—Empecemos por esos dos. ¿Quiénes son?

—Uno se llama Ignazio Scuderi y es un mecánico de Palermo; el otro, un tal Filippo Nuara, es comerciante de cereales de Favara. Scuderi es la persona que, según nos dijo Ciulla, le había mandado Elio Sanvito, el hombre de los Sinagra.

—Sobre ese Scuderi habría que...

—Ya me he informado, jefe. Es un mecánico especializado que trabaja para una empresa de camiones frigoríficos de Palermo. Ha venido a hacer el control y la revisión de los vehículos que tienen los Sinagra para el transporte de pescado. No creo que tuviera que ver con el incendio.

Montalbano se quedó desilusionado.

—¿Y del comerciante de cereales qué me dices?

—En ese caso la cosa ya no está tan clara. ¿Qué ha venido a hacer a un pueblo como Vigàta, donde hace treinta y pico años que ya no se exportan cereales?

—¿Tienes la respuesta?

—He telefonado a Ciulla y me ha contado que el tal Nuara es una especie de cliente fijo que viene todos los meses en la misma fecha y se queda aquí tres días. Le he preguntado si recibe llamadas o si ve a alguien y, según Ciulla, ni una cosa ni la otra. Como Nuara aún no había salido del hotel, he mandado que Gallo lo vigile de cerca y me informe de adónde va y a quién ve.

—Y con los cuatro que ya se han ido ¿qué podemos hacer?

—De esos cuatro, uno es representante y vive en Palermo; el segundo es un aparejador de Caltanissetta; el tercero, un agrimensor de Trapani, y el cuarto, un abogado de Montelusa. Podemos escribir a las distintas jefaturas provinciales y pedirles información.

—¿Estás de broma? ¡Si nos contestan dentro de tres o cuatro meses podremos darnos con un canto en los dientes!

—Entonces, ¿qué piensa hacer?

—Tienes los nombres, ¿no? Y contamos con amigos en toda Sicilia, ¿no? Pues vamos a dirigirnos directamente a esos amigos. Y, si nos enteramos de algo digno de tener en cuenta, vamos en persona a ver cómo está la cosa. No hay tiempo que perder. En Palermo yo tengo al comisario Lanuzza.